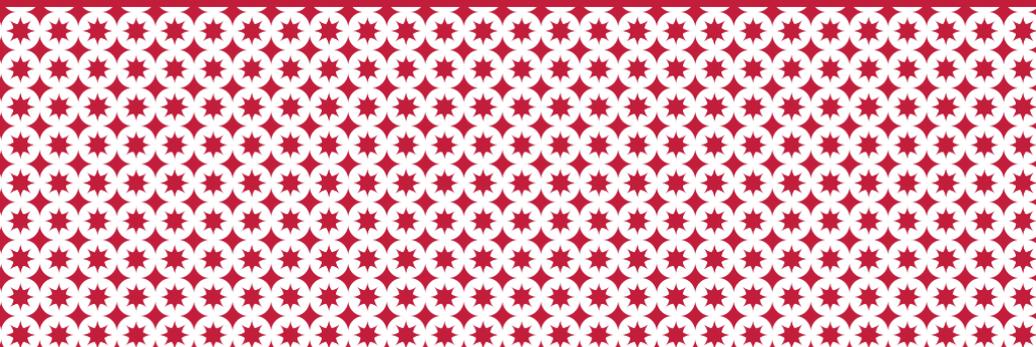


COLECCIÓN ENSAYOS

Palestina y los expolios del colonialismo

Tomás Duplá del Moral



Tomás Duplá del Moral

PALESTINA Y LOS EXPOLIOS
DEL COLONIALISMO

Marcial Pons Historia

ÍNDICE

Agradecimientos, 9

Introducción, 11

I PARTE

LA FORMACIÓN DE LA CLASE POLÍTICA PALESTINA

1. Tribus, clanes y notables, 29
2. Mandato británico e independencia de Israel, 39
3. La ocupación israelí, 53

II PARTE

LOS DIRIGENTES PALESTINOS DURANTE LA OCUPACIÓN

4. Reconstitución nacional, 79
5. Las finanzas de la OLP, 87
6. El movimiento nacional palestino en el exterior, 97
7. El movimiento nacional palestino en el interior, 113
8. El islamismo palestino, 125

III PARTE

LA PRIMERA INTIFADA

9. El desarrollo de la intifada, 135
10. Irak, punto de inflexión, 145
11. Paréntesis norteamericano, 153
12. Los palestinos y la Unión Europea, 167

IV PARTE
LA ETAPA DE OSLO

13. Los Acuerdos de Oslo, 179
14. Voces críticas, 191
15. El papel de la comunidad internacional, 199
16. La difícil constitución de la Autoridad Nacional Palestina, 207
17. Los dirigentes palestinos al comienzo de Oslo, 221
18. Creación de nuevos líderes, 231
19. Esperanza, frustración y fin del proceso, 241

Conclusión, 257

Notas, 261

Referencias, 281

Glosario, 291

Índice de tratados, acuerdos, planes políticos, comisiones oficiales y resoluciones relevantes, 295

Índice onomástico, 297

INTRODUCCIÓN

Este libro nace de un impulso personal con fuerte componente emotivo, como es el vínculo que se creó durante los años en los que mi vida y la de mi familia estuvieron muy unidas a la tierra donde se desarrollan los acontecimientos que voy a analizar.

No sería exagerado referirse a estas tierras como la morada de la memoria, no solo por la antigüedad de su historia ni porque los pueblos que las habitan vivan el pasado como si se tratara del presente; hay algo más, que es también personal.

Mi primera visita a las tierras que algunos llaman Cisjordania y la Franja de Gaza, otros Judea y Samaria y, los más, Palestina —nombres de indudables resonancias bíblicas e históricas y que tienen una fuerte carga política— me causó una viva impresión.

Al ver por primera vez Jerusalén, viajar a Hebrón a través de viñedos y roquedales donde crecen la higuera y el olivo, descender hacia Jericó contemplando el paisaje árido de las colinas que se precipitan hacia el mar Muerto, o divisar a un hombre seguido de una mujer con un niño a lomos de un asno, advertí que estas imágenes las había visto antes, muchas veces, en tantas partes que hasta se me hacía difícil precisar dónde. No era la morada de la memoria en abstracto, sino de la mía propia.

Al margen de mis creencias, es evidente que la cultura del cristianismo forma parte de mi manera de ver el mundo, como no podía ser de otro modo siendo español. La cultura occidental es un poderoso injerto en cepas más antiguas, sean ibéricas, celtas, germánicas o eslavas, de la civilización grecolatina, que ha bebido de fuentes mesopotámicas, egipcias e indias y se ha dotado de un poderoso pilar judeocristiano, amalgama de paganismo con monoteísmo oriental.

Lo que he vivido en Palestina me ha mostrado las profundas raíces que ha desarrollado en nosotros este componente judeocristiano y me ha llevado a tener muy en cuenta los aspectos de esta cultura que hemos incorporado a todas las facetas de nuestra vida, desde los elementos fundamentales de la moral que rige nuestros actos hasta la periodización de nuestro tiempo, trabajo y descanso.

Pero ¿por qué he necesitado el impacto de una primera visita a las tierras bíblicas para darme cuenta? Supongo que todo empieza por ese rasgo de nuestra cultura occidental cristiana, que mantiene una persistente negación del elemento oriental en el cristianismo. Conviene que nos fijemos, a este respecto, en dos referencias, una antigua y otra más actual.

La primera es la oposición entre Oriente y Occidente que existe desde Diocleciano y sobre todo desde el cisma religioso de mediados del siglo IX que se plasmó en un enfrentamiento que a lo largo del tiempo ha llegado a las hostilidades bélicas. No se trata en absoluto de una insalvable incompatibilidad entre confesiones o religiones, como lo prueban las influencias de unas en otras y su más o menos pacífica convivencia en Egipto, Turquía y el resto de Oriente Medio a lo largo de los siglos. Es, más bien, una oposición cultural y política que ha enfrentado a Europa Occidental con el Oriente Próximo, europeo o no, pues entre nosotros el cristianismo se equipara al católico y protestante y rara vez se tienen en cuenta los dogmas, ritos, tradiciones, fiestas, aspiraciones o problemas de las Iglesias ortodoxas y de los pueblos a ella ligados, así como los de coptos, etíopes, maronitas o siriacos.

Las guerras balcánicas han vuelto a poner de relieve esta oposición en Europa entre Occidente (Eslovenia y Croacia) y Oriente (Serbia), en una línea de fractura entre la antigua Rumania otomana, ortodoxa o musulmana, y el católico imperio austrohúngaro. En nuestros días, más allá de Europa, pero también dentro de ella a través de la inmigración, el auge del integrismo islamista agresivo y terrorista ha adquirido una prominencia extraordinaria, que va despertando de nuevo en nuestras sociedades viejos sentimientos hostiles.

No cabe duda de que, en uno de los aspectos principales del alma europea occidental, tanto en el ámbito continental como individual, existe una contradicción. El Oriente constituye a la vez una parte esencial de su esencia y el factor exterior por oposición al cual se define su especificidad. Esta contradicción tenía por fuerza que provocar capítulos desgarradores de la historia europea.

La oposición religiosa ha acompañado o subrayado lo político, como lo prueban los casos más notorios, desde las expulsiones de los judíos de diversos países europeos, en España hace ya más de quinientos años, hasta la mayor y más traumática barbarie que la humanidad ha conocido: el intento de exterminarlos en la Shoah.

Que hayan sido los judíos los que más han sufrido esta contradicción se debe a que ellos, cuya cultura es la que ha dejado la más fuerte huella oriental en el alma de Occidente, han estado allí presentes a lo largo de los siglos, absorbiendo lentamente el resto de los elementos que han dado forma a Europa como entidad histórica y cultural, pero al mismo tiempo permeando el alma europea a través de la religión, de la que esta constituye un fundamento profundo que se manifiesta en innumerables esferas de lo público y lo personal.

No por ello los judíos han dejado de conservar con gran celo su identidad propia, con un fuerte referente oriental, incluso geográfico: Jerusalén. Ellos han personificado la contradicción y, desgraciadamente, han sufrido también sus más aciagas consecuencias.

Mis contactos con los judíos y el judaísmo han sido poco frecuentes en términos del Occidente europeo en general, pero no así en términos españoles. Al igual que tantos otros en España, no conocí personalmente a un judío hasta que ya era adulto. En nuestro país se tiene conciencia de la importancia de lo judío en nuestra cultura y es muy frecuente que conozcamos si un apellido tiene o no ese origen. También son evidentes ciertos prejuicios, que se expresan a través de formas por lo general negativas del habla o de ideas como la inculcada en el pasado por la Iglesia católica de los judíos como deicidas, o la sorprendente aceptación de los clásicos infundios antijudíos (profanación de hostias, asesinatos rituales de niños). Lo extraño de todo esto es que en España no han existido contactos directos con los judíos desde épocas ya remotas, a pesar de que se encuentran elementos de su cultura por todas partes, desde concepciones filosóficas hasta la música popular, pasando por la gastronomía o su huella en el tejido urbano de nuestras ciudades.

Los musulmanes, sin embargo, sobre todo los árabes, han sido un elemento político-cultural diferente en Europa Occidental, aunque de una manera muy distinta en la península ibérica y tal vez Sicilia. Bien es cierto que su influencia filosófica y científica ha sido grande, reconocida y fundamental, pues no en vano fueron ellos los que restablecieron el contacto de Europa Occidental con sus propias raíces clásicas, sobre todo griegas. También hay que recordar que su posición de fuerza entre Europa y el Extremo Oriente fue, quizás, el estímulo que hizo posible la era de los descubrimientos.

Pero su engarce con respecto a Europa ha sido siempre el de una presencia exterior, ajena, amenazante, que por virtud de su propia existencia y por contraste ha ayudado a definir los límites de la identidad europea. Como dice Mayer¹, la cristiandad, como lo muestran las Cruzadas, ha definido sus valores en contraposición al Otro musulmán, con reconocimiento de su poderío político, pero siempre representado de forma muy negativa².

Los judíos también han desempeñado ese papel, pero —carentes de poder estatal— de otra y mucho más trágica manera.

Difuminada la memoria de épocas más antiguas, desde la perspectiva de casi dos siglos de colonialismo, los árabes musulmanes, por su parte, se han visto como víctimas de Occidente. Esta percepción no carece de fundamento: aunque a lo largo de la historia el cristianismo ha amparado una violencia mucho mayor y más frecuente, eso no le ha impedido representar al islam como una religión pagana y violenta propia de una civilización sectaria e ignorante, a la que había que tratar en consecuencia.

España y Portugal constituyen un caso especial de esta relación y, al ser los dos países que iniciaron la expansión de los confines europeos a una escala mundial, difundieron todo el legado que los árabes habían dejado en multitud de aspectos de nuestras vidas: lengua, ciencia, agricultura, arquitectura, alimentación e incluso los conceptos de honor y caballeridad. Partes de este legado las transmitieron al resto de Europa Occidental y luego, de una forma más general y directa, a todo el continente americano.

Ahora bien, ¿haber dejado una fuerte impronta es lo mismo que haberse convertido en parte fundamental del alma ibérica? En España se conjuga una influencia indudable con la percepción de esa influencia, que es polémica, suscita controversias y tiene mucho que ver con las visiones de sí mismos, su historia, su presente y su devenir que tenemos los españoles. Esto se manifiesta entre otros aspectos en polémicas de historiadores, que intentan definir el espíritu sobre el que se ha erigido la nación española y ver a este país como de esencia oriental u occidental, como europeo o no. Aquí se hace notar de nuevo el peso de la historia, pues estas dudas se manifiestan tras cuatrocientos años de ausencia de lo árabe y lo islámico y de total integración con los destinos de una Europa a la que la península siempre ha pertenecido por población, herencia, lengua y religión y en cuya historia, identidad y destino ha sido y sigue siendo un elemento fundamental.

En España, en cualquier caso, la imagen tónica de los árabes, en contraste con la romántica de al-Mutamid o de la Alhambra, es la de un pueblo ajeno. Esta visión, ya sea positiva o, con más frecuencia, negativa, aflora en el habla y los prejuicios populares y contrasta de forma llamativa con la de muchos árabes, que siguen considerando a la península como una parte constitutiva de su identidad histórica y que a menudo ven a los españoles como unos parientes, no por lejanos menos parte de la familia. ¿Cuántos españoles tienen una visión similar? Hay que reconocer que, aunque existen³, son pocos y obligados a luchar contra corriente. Pero tal vez esto se debe tanto al peso de una versión sesgada de la historia ya remota como a la importancia que se da a los aspectos negativos de contactos mucho más recientes, desde las guerras coloniales del siglo xx a la inmigración marroquí, sin olvidar la experiencia amarga de las fuerzas marroquíes integradas en el ejército de Franco durante la guerra civil.

Lo árabe y lo judío no ocupan lugares simétricos con respecto a Europa Occidental. Ambos representan el elemento oriental de la cultura europea, pero, por así decirlo, lo árabe es el Oriente exterior, mientras que lo judío es el interior.

Existe una simetría entre el lugar de lo judío en la cultura europea occidental y en la árabe: lo judío es tan parte de la última como de la primera y lo es por razones parecidas. La religión musulmana, componente clave de la cultura árabe, surge de la judía, de la que ha asimilado metáforas, seres míticos, cosmogonía y, sobre todo, el monoteísmo, que ha llevado a su máxima depuración. Los judíos, además, han formado parte de la sociedad árabe desde la época de la primera expansión religiosa islámica y, de hecho, hasta fechas recientes, han estado más integrados en esas sociedades que en las de la Europa occidental.

La época paradigmática del esplendor del contacto entre la cultura europea occidental y la árabe fue la que se extiende entre el reinado del califa Abderramán III en la segunda mitad del siglo x y el de Alfonso X el Sabio de Castilla en la primera mitad del siglo XIII. No es casualidad que ese contacto fructífero

se haya dado en presencia y con el concurso activo de la cultura judía; sin el papel simétrico de lo judío, el mundo europeo occidental y el mundo árabe son casi extraños entre sí y por ello sus relaciones hubieran podido tener la dinámica que se da entre culturas dispares, como Europa y el África subsahariana o China y los árabes, con influencias mutuas en la estética o en el arte, sin que eso cambie la esencia separada de cada cultura, al menos hasta los inicios de la segunda globalización a finales del siglo XIX. Para que haya una interpenetración más allá de lo superficial hace falta que resulten afectadas capas más profundas. Lo judío ha actuado como punto de encuentro, como catalizador entre Europa Occidental y el mundo árabe, pues ha permitido que ese encuentro afecte a cosas esenciales y no se quede en lo banal.

De ahí la importancia de los conflictos del Oriente Próximo. Los acontecimientos allí desde hace un siglo, más o menos, han complicado de manera extraordinaria la relación entre el mundo europeo y el judío. La presencia judía en Europa Occidental, aunque no ha desaparecido, ha disminuido enormemente tras la Shoah, en parte por exterminio y en parte por emigración. El Holocausto ha puesto a Europa frente a uno de sus aspectos más siniestros y oscuros, y la relación con el mundo judío ha cambiado: ahora hay una deuda de sangre, que genera tanta desconfianza en la conciencia de los judíos como culpa colectiva en la propia Europa, que debe hacerse cargo de ella.

También es decisivo el colonialismo que, no por haber tenido una duración relativamente corta, ha dejado de producir efectos profundos en el espíritu de los árabes, sobre todo por la imposición colonial de la implantación judía inspirada por el sionismo y por la creación del Estado de Israel en tierras palestinas que, como mostraré en las páginas que siguen, ha sido desde el principio y sigue siendo una empresa de carácter netamente colonial, típicamente europeo.

La combinación de antisemitismo en Europa y colonialismo en Oriente Medio acabaron conduciendo al Holocausto y a la

creación del Estado de Israel, con múltiples consecuencias entre las que se puede contar la propia relación malsana actual de árabes con judíos, que hasta esos acontecimientos había sido más o menos estáticamente aceptable.

Un caso especial de esta relación es el que nos ocupa en este libro. ¿Cabría siquiera hablar de un pueblo palestino si no hubiera existido el Estado de Israel? Es probable que sin la aparición del sionismo y de Israel los palestinos no se hubieran consolidado como un grupo con perfiles nítidos entre los árabes. Como veremos, su aparición como sujeto político nacional coincide en el tiempo con la de los sionistas.

La importancia de Palestina ha oscilado de manera muy considerable a lo largo de la historia. Geográficamente está situada en el cruce de muchos caminos: entre Egipto y el Oriente; entre Persia, las estepas asiáticas y el Mediterráneo; entre Asia Menor, a través del mar Rojo y el golfo Pérsico, y el océano Índico. Esta localización, olvidada durante la mayor parte de su historia, ha tenido, sin embargo, importancia estratégica en algunos momentos.

Desde el punto de vista religioso, aunque Palestina fuera la cuna del judaísmo, la religión no tuvo un papel que rebasara el estrecho ámbito situado entre el río Jordán y el mar Mediterráneo hasta que el cristianismo, uno de sus vástagos, como el islam, se convirtió en la religión oficial del imperio romano. Desde ese momento, con la excepción de ciertas épocas durante el largo imperio otomano, la religión ha sido causa o pretexto de conflictos entre diferentes imperios en esta tierra.

Palestina no es una tierra con recursos abundantes. Reducida en extensión, con una población exigua, desértica en buena parte, carente de agua y minerales, desprovista de buenos puertos, nunca ha suscitado la codicia de nadie. Accidentes de la historia se han conjurado para que, a partir de finales del siglo XIX, se hilaran acontecimientos, intereses, sospechas, movimientos de población y maniobras políticas que convirtieron en importante, a los ojos de los más poderosos imperios, su posesión o control.

[...]